

Movimientos de población y rutas de intercambio en el Guerrero prehispánico

Rosa Ma. Reyna Robles*

Introducción

La migración es un fenómeno milenario entre los seres humanos cuyas causas obedecen a múltiples factores, entre ellos cuestiones sociales, culturales y económicas. En arqueología se le ha abordado ligada con otros temas que pueden tratarse desde esta disciplina, como la demografía y las redes de intercambio, siempre con base en evidencias de la cultura material. Demografía y migración, o cálculos y movimientos de población, son los que con base en varios indicadores marcarían las rutas de intercambio. En esta comunicación se resumirán dichos tópicos en algunas regiones de Mesoamérica, aterrizándolos en el actual estado de Guerrero para el Preclásico, el Clásico y el Epiclásico.

En principio destaco que el objetivo de la investigación arqueológica no es sólo conocer objetos y edificios por medio de su excavación y registro preciso, sino llegar a saber la configuración global de los conjuntos culturales y las relaciones significativas entre los datos obtenidos; es decir, una investigación realizada no sólo para descubrir, sino también para entender (Niederberger y Reyna, 2002). Ya que la mayoría de las culturas mesoamericanas carecen de referencias escritas, en especial las más antiguas, la arqueología utiliza como fuente primaria de información las evidencias de la cultura material, aunque para los tiempos más recientes se recurra también a otras disciplinas, como la etnohistoria o la lingüística. Con este fin, la ubicación espacial y la profundidad temporal de los vestigios arqueológicos son los primeros pasos antes de intentar cualquier tipo de inferencia o interpretación, incluyendo los cálculos y movimientos de población y las rutas de intercambio.

Así, la arqueología trabaja fundamentalmente con dos categorías: el espacio y el tiempo. El espacio se ha jerarquizado en lugares que, según su tamaño, van desde unidades menores como las áreas de actividad, las unidades habitacionales, los barrios, los sitios y localidades, etc.,¹

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH (reyna29rr@yahoo.com).

¹ Estas unidades son: 1) área de actividad: unidad mínima con contenido social que implica una o varias actividades ligadas a procesos de trabajo o funciones específicas (Manzanilla, 1986); 2) unidad habitacional: residencia de la unidad básica de producción que requiere la incorporación de diversas áreas de actividad asociadas a la casa-habitación (*idem*); 3) conjunto habitacional o barrio: espacio donde se reúnen diferentes familias para realizar actividades comunes de culto, de oficio, de intercambio o administrativos (*idem*); 4) sitio: "Equivale a la comunidad; es decir, a grupos de personas que viven frente a frente" (*idem*); 5) localidad: "En términos estrictamente arqueológicos, la localidad es un espacio geográfico lo suficientemente pequeño para permitir asumir el funcionamiento de una homogeneidad cultural completa en cualquier tiempo" (Willey y Phillips, 1963); 6) región: "Área geográfica restringida de difusión interna óptima o de intercomunicación colectiva máxima que presenta constante afinidad mutua entre los conjuntos culturales" (Clarke, 1984: 240), en la que "a nivel cultural podemos esperar un modelo en el que intervienen sistemas culturales dinámicos formados por una compleja red de subsistemas en el marco de

hasta llegar al territorio mayor, que es Mesoamérica.² En cuanto a la profundidad temporal asimismo existe una jerarquización que va de mayor a menor duración, en horizontes, periodos y fases que a su vez se pueden subdividir, lo cual requiere de la edad precisa de los vestigios “sistemática y conjuntamente presentes” (Clarke, 1984: 220) a modo de ubicarlos en el tiempo.

Partiendo del nivel macro notamos, como consigna Niederberger (1987: 300), que a lo largo de la historia prehispánica de Mesoamérica hay algunos horizontes de integración cultural que se intercalan con otros de regionalización cultural.

Así, los horizontes de integración cultural más claros son aquellos que corresponden a la época olmeca del Preclásico medio (1350/1250-500 a.C.), a la teotihuacana del Clásico temprano (200-650 d.C.), y a la mexicana del Posclásico tardío (1300/1400-1521 d.C.).

Los de regionalización cultural son los que se asignan a la época preolmeca (1500-1350/1250 a.C.), al Preclásico superior-Protoclásico (500 a.C.-200 d.C.) y al Epiclásico-Posclásico temprano (650/700-900/1000 d.C.).

Para este escrito retomo fundamentalmente tres trabajos anteriores (Reyna y Galeana, 2010; Reyna, 2012 y Reyna, 2013b).

Cálculos de población

Existen estimaciones demográficas propuestas por varios investigadores para distinguir una ciudad de otros tipos de asentamiento. El aumento demográfico en sitios urbanos, nos dice Linda Manzanilla (1986: 113), “[...] puede ser detectado en el mayor número de personas viviendo en las áreas construidas. Sin embargo [...] el surgimiento de centros urbanos corre a la par con un abandono generalizado de los asentamientos rurales, al concentrarse la población en el sitio mayor. Es decir, estaríamos más bien ante un reacomodo de la población, más que ante un aumento demográfico”.³

En el caso de Teotihuacán, tales estimaciones se hicieron con base en los resultados aportados por trabajos de superficie, con los que se detectaron más de

2 600 conjuntos departamentales (Cabrera, 1986: 129). Por tanto, si tomamos el número cerrado de 2 600 conjuntos habitacionales y lo multiplicamos por un promedio de 40 personas viviendo en cada uno de ellos, obtendríamos un total de 104 000 habitantes en la urbe.

Otra hipótesis para calcular la población se basa en la extensión de las áreas de productividad; es decir, en el número de hectáreas cultivables multiplicadas por la productividad promedio de maíz, determinada, entre otros factores, por el tipo de suelo, la topografía, la temperatura y la precipitación media anual, lo cual permitiría calcular cuántas personas se podrían sostener con esa producción agrícola (Sanders, comunicación personal, 1973).

Ahora bien, tanto Manzanilla como Cabrera destacan que los datos obtenidos en trabajos de superficie, entre ellos las estimaciones demográficas, son sólo hipótesis que deberán ser corroboradas o rechazadas por otros medios, como la excavación. Manzanilla (1986: 115) hace una llamada de atención “[...] sobre el gran peligro que representa la publicación de cifras que, a los ojos de muchos incautos, parecerían datos fidedignos, siendo que en realidad son estimaciones hipotéticas [...]” o, como indica Cabrera (1986: 129), aunque el autor original haya planteado sólo una hipótesis, quienes le siguen la consideran como un hecho real y verdadero, dando como infalibles los datos sujetos a comprobación.

Movimientos de población

En 2010 escribimos que en los aproximadamente tres mil años anteriores a la conquista española los movimientos de los pueblos prehispánicos que ocuparon el actual territorio de México, así como sus causas y consecuencias, pueden inferirse con los resultados de la investigación arqueológica.

Para hablar de movimientos poblacionales a partir de los vestigios arqueológicos, según Brambila y Crespo (2005: 156) se debe tomar en cuenta, además de su edad, “el punto de origen, la trayectoria y la región de recepción”. Estas autoras proporcionan un esquema sobre múltiples factores causales de los movimientos de población en el Bajío, sus consecuencias, condicionantes e indicadores; señalan como factores causales el desajuste entre recursos y población, los cambios ambientales, las catástrofes naturales, la expansión de ideas reli-

un sistema ambiental de igual complejidad” (*ibidem*: 34); 7) subárea y 8) área, definidas y delimitadas en el trabajo pionero de Kirchhoff (1967) como Mesoamérica y sus subáreas.

² Para una discusión acerca de Mesoamérica y sus subáreas, véase Reyna, 2006: 17-24.

³ Con esta inquietud, muchos años más tarde esta investigadora editó un volumen que recoge interesantes trabajos sobre el tema (Manzanilla, 2005).

gias, la conquista militar y la atracción de riqueza. Como resultado o consecuencia de esos movimientos anotan la asimilación, la coexistencia en el espacio y tiempo, la interacción ritual (santuario/mercado) y el desplazamiento de la población local o su exterminio. Como factores condicionantes que dificultan tales movimientos están la distancia y las barreras geográficas, o bien que los impulsan y facilitan, como el atractivo de la nueva zona, o que los grupos inmigrantes cuenten con un mayor nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. En este esquema sólo toman como posible indicador la presencia de “[...] cerámica que tiene elementos diferenciados de la antigua trayectoria regional [...]” (*ibidem*: 158 (fig. 1)-159).

Es muy conocido que entre los conjuntos culturales prehispánicos la cerámica es uno de los más valiosos para seguir la trayectoria del desarrollo de los pueblos que carecen de registros escritos, a modo de ubicarlos en tiempo y espacio y asignarlos a alguna de las culturas arqueológicas (Reyna, 2013a). Por medio de estudios empíricos se ha mostrado que ocurren mayores cambios en la decoración que en las formas y en el proceso técnico de producción, y una mayor resistencia al cambio en las de uso cotidiano que en las de uso ritual (Sugiura, 2005: 181).

Entre la cultura material, anota Sugiura (*ibidem*: 178), “[...] la cerámica ocupa un lugar importante y además se distingue por ser uno de los indicadores culturales insustituibles que permiten acercarnos al campo del sistema identitario”. En el valle de Toluca la cerámica, junto con otros indicadores culturales, no sólo le permitió detectar cerámicas específicas que identifica con grupos étnicos diferentes (matlatzinca, mazahua y otomí), sino su distribución espacial, con lo que explica los reacomodos y movimientos de población en el propio valle. Según esta arqueóloga, la expulsión intensa y masiva en el ocaso de Teotihuacán, pero sobre todo el inmediato crecimiento demográfico endógeno en el Posclásico temprano, saturó los espacios más privilegiados. La defensa de ese territorio obligó a las poblaciones nuevas o subsiguientes a colonizar zonas de menor calidad ambiental, pero también a desarrollar un sistema cohesivo en el interior de cada grupo que resaltara su identidad y pertenencia, y gran cantidad de estos símbolos identificatorios quedan plasmados en los objetos cerámicos (*idem*).

De manera adicional, existen otros indicadores arqueológicos para detectar los movimientos de po-

blación. Los más significativos son los cambios en el patrón de asentamiento, en la distribución en el interior de los sitios, en el crecimiento poblacional, en las prácticas funerarias, así como en las técnicas y acabados de los diversos conjuntos culturales; por ejemplo, la industria lítica, la arquitectura, la escultura y la cerámica. Además, los restos óseos humanos proporcionan indicios sobre el origen autóctono o foráneo de los individuos cuando se analizan por medio del ADN, los isótopos de estroncio o mediante estudios de paleodieta (Manzanilla, 2005; Paredes, 2005). Infortunadamente, estos análisis se han aplicado en muy pocos casos.

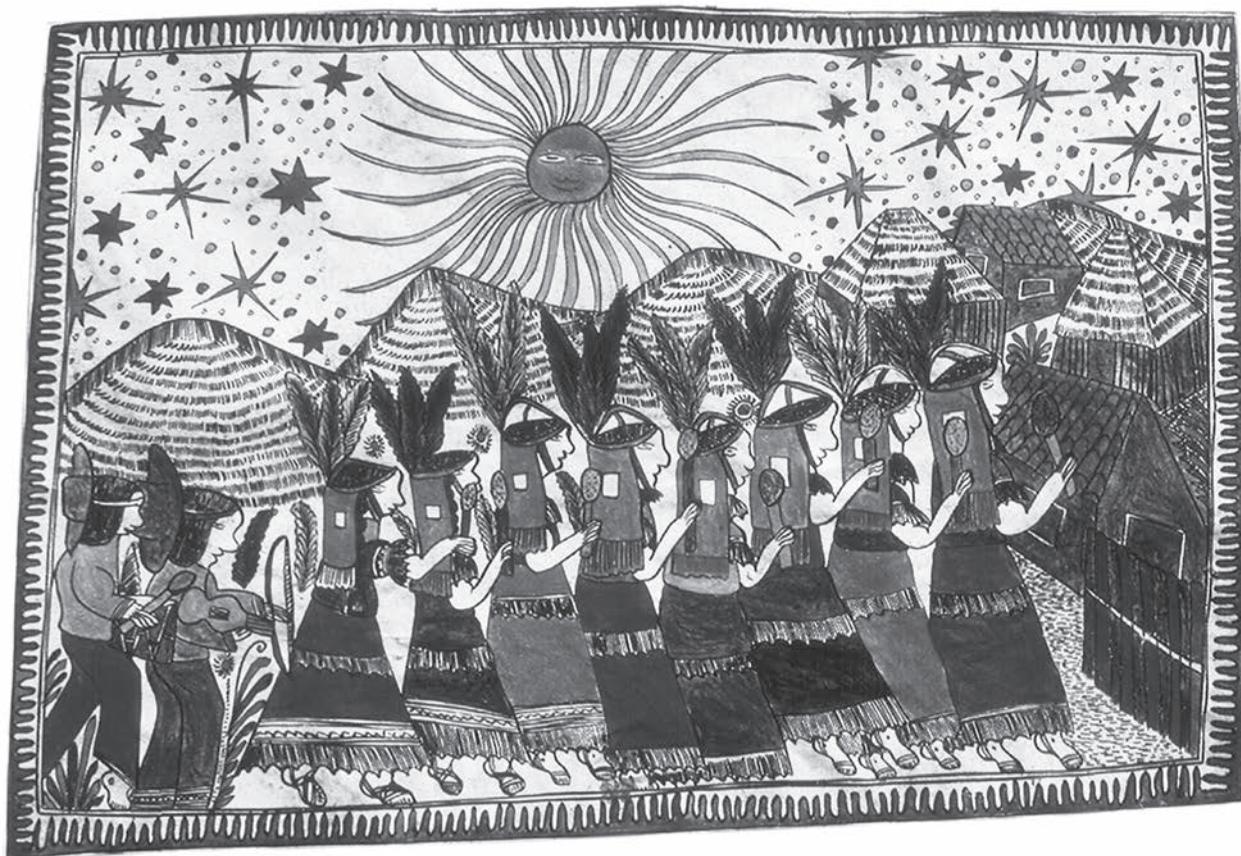
Ahora bien, tomando en cuenta el punto de origen, la trayectoria y la región de recepción, varios arqueólogos han detectado movimientos poblacionales en territorio michoacano, en el Bajío y el occidente en general en dos momentos: hacia 550 d.C., cuando se desplazaron al norte, y hacia 900 d. C., cuando retornaron al sur, a su lugar de origen (Carot, 2005; Pereira, Migeon y Michelet, 2005; Hers, 2005), o bien entre el Altiplano central y otras varias regiones como la oaxaqueña, la maya y la costa del Golfo (Rattray, 2001; Serra Puche, 1998; Uruñuela y Plunket, 2005).

Más que migraciones masivas de pueblos, estos movimientos fueron oleadas o flujos intermitentes pero constantes de grupos de individuos, salvo cuando ocurrió alguna catástrofe natural o social (Serra Puche, 1998; Uruñuela y Plunket, 2005; Manzanilla, 2001; Paredes, 2005; Sugiura, 2005).

Rutas de intercambio

En otra comunicación anoté que el amplio territorio mesoamericano albergaba una enorme diversidad de paisajes y recursos donde se producían u obtenían los productos de subsistencia con mayor o menor facilidad, y que en tal diversidad biótica y geológica ninguna de las áreas, regiones o sitios disponía de la totalidad de recursos, productos o materias primas para fabricarlos, por lo que se debían conseguir en otros lugares cercanos o lejanos. En estos territorios complementarios se produjo lo que Sanders (1956) llamó una “simbiosis económica”. Así, se originó el intercambio regional con lugares cercanos y el interregional con los lejanos (Reyna, 2013b).

Para comprender la línea de desarrollo del intercambio es necesario conocer la ubicación temporal de todo aquello que se intercambiaba. Para la arqueolo-



Tomás Camilo, *Danza de pluma*, Oapan, amate

gía, con el auxilio de análisis especializados, resulta posible conocer su edad por medio de fechamientos absolutos y es relativamente fácil identificar cuáles materias primas, herramientas y objetos, sobre todo cerámicos, se importaban.

Otra línea de investigación, quizá menos “científica” pero sumamente útil, se refiere al análisis estilístico. Stark (1998) nos dice: “Las rutas de comunicación se perciben con muy diferentes escalas y usando diversos tipos de evidencias. La escala grande corresponde a los amplios patrones estilísticos [...]”.

En vista de que los estilos son emblemáticos de territorios particulares, su estudio contribuye a detectar los patrones de comunicación o información que se transmitía de una región a otra, y pueden revelar procesos diferentes a los del intercambio de productos (*ibidem*: 215).

En este sentido, Niederberger (1987: 751) destaca que el sistema de redes de intercambio de bienes materiales “[...] va acompañado de un sistema paralelo, no menos denso y regular, de intercambio de datos y de mensajes. Por medio de esta red de doble canal, cierta forma de simbiosis cultural va a la par de la simbiosis económica”.

Como bien señala Drennan:

No podemos determinar qué importancia tenía el intercambio [...] si no sabemos [...] no sólo qué se intercambiaba, sino también en qué cantidades, o cómo se organizaba la producción de los materiales, ni cómo se transportaban, o quiénes eran sus propietarios cuando llegaban a la región importadora, y cómo se organizaba su distribución al llegar. Sólo si respondemos a tales interrogantes llegaremos a entender, en casos específicos, cómo se articulaba el intercambio interregional con los procesos regionales de organización social, política y económica [y agrega que] para poder confiar en nuestras respuestas tendremos que considerar y rechazar las respuestas alternativas mediante una consideración cuidadosa de la evidencia arqueológica correspondiente a cada caso, pero sin asumir que una descripción etnohistórica se aplica a determinado periodo prehispánico sin que la evidencia arqueológica lo confirme (Drennan, 1998: 34).

Es claro que conforme nos internamos en la profundidad del tiempo, las descripciones etnohistóricas o etnográficas para explicar el intercambio se vuelven menos válidas y sólo queda la evidencia arqueológica (Reyna, 2013b).

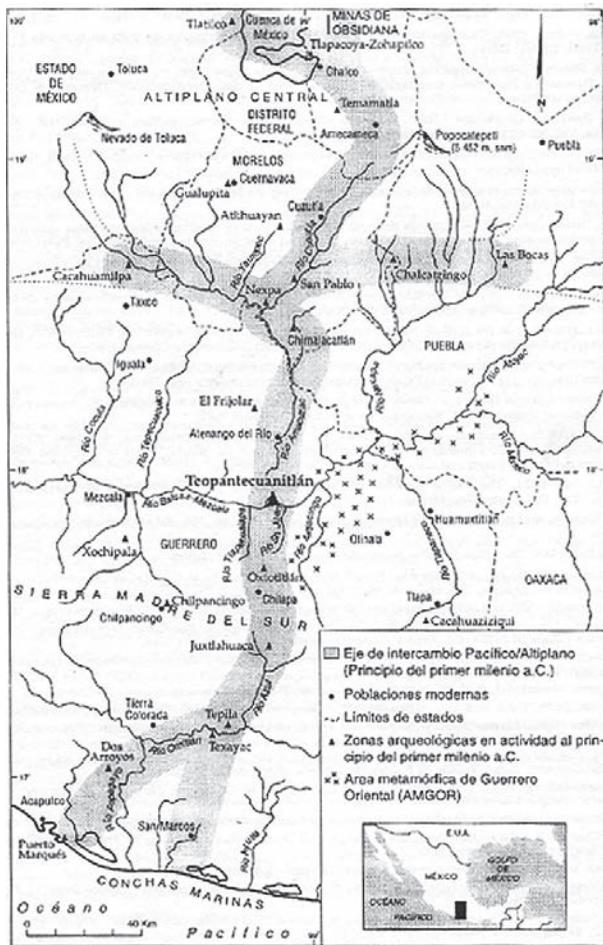


Figura 1 Hacia el primer milenio a.C., a lo largo de la ruta del nácar circulaban otras conchas marinas, piedras metamórficas verdes como la serpentina y obsidiana de la cuenca de México (tomado de Niederberger, 2002: 206, fig. 1)

Arqueología, etnohistoria y lingüística

Clarke (1984) ya advertía sobre lo peligroso que resulta transferir situaciones etnohistóricas a situaciones arqueológicas, en tanto que Von Mentz (2010) alertaba que las fuentes documentales deben tomarse con cautela, ya que fueron elaboradas por los grupos en el poder.

Con referencia a la historia demográfica del valle poblano-tlaxcalteca, Uruñuela y Plunket (2005: 319) apuntan que los dilemas y obstáculos derivan de un problema metodológico fundamental en la práctica arqueológica, pues mientras para el Formativo y el Clásico sólo se tiene acceso a datos arqueológicos y ambientales para identificar patrones y los cambios sufridos por ellos a lo largo del tiempo, al llegar al Epiclásico se introdujo un nuevo recurso: la historia legendaria y mítica de las fuentes escritas en los siglos inmediatos a la conquista española, a las que se les dio mayor peso que al dato arqueológico.

En opinión de estas autoras, los dos cuerpos de evidencias, el documental y el arqueológico, deben tomarse como dos líneas de investigación independientes que no sólo permitirá buscar los puntos complementarios, sino también las ambigüedades y los aspectos discordantes, para de esta manera resolver las incongruencias y generar reconstrucciones e interpretaciones histórico-culturales del pasado más objetivas y probablemente más apegadas a la realidad que pretendemos conocer (*idem*). Mejor aún sería abordarlos de manera interdisciplinaria (Reyna, 2013a).

En el mismo sentido, se dice que el uso de la información etnohistórica para explicar procesos migratorios es útil cuando ésta es acotada por el dato arqueológico; su abuso, en cambio, ha llevado a interpretaciones erróneas (Jiménez, 2005; Uruñuela y Plunket, 2005).

Utilizar la información lingüística en apoyo de la arqueología guerrerense resulta más problemático porque la mayoría de las lenguas ha desaparecido. Los resultados recientes de la investigación lingüística han demostrado que no existe un solo elemento para rastrear algunas de las lenguas extintas, como el chontal (Antúnez, 2010), menos todavía para conocer el lapso de su vigencia ni sus áreas de distribución.

La investigación arqueológica en Guerrero

Es necesario decir que muy poco se sabía sobre la historia prehispánica de Guerrero, pues su abrupto territorio permaneció prácticamente inexplorado hasta mediados del siglo pasado, cuando se le incluía como la porción más meridional del occidente de México, y se decía que las sociedades que lo habitaron eran subdesarrolladas, que carecían de una cultura propia y que su evolución dependía de influencias venidas de culturas más avanzadas, desde la olmeca hasta la mexicana. También es necesario recalcar que en las últimas tres décadas la investigación arqueológica ha dado frutos insospechados que revierten la percepción de marginalidad y subdesarrollo que se tenía sobre esta entidad suriana.

La época olmeca: una ruta de intercambio

Existen dos hipótesis principales para explicar la presencia de vestigios de estilo olmeca en muchas regiones de Mesoamérica: por un lado, la que atribuye como único punto de origen de la cultura olmeca a la costa

del Golfo y desde allí su irradiación hacia cualquier otra parte de Mesoamérica, donde se han detectado sus rasgos estilísticos; por el otro, aquella que explica su presencia en sitios del Preclásico medio, incluido Guerrero, como creaciones de una civilización multiétnica y plurilingüística sincrónica distribuida en un amplio territorio, la naciente Mesoamérica, identificado por medio de un estilo peculiar panmesoamericano, reflejo de un sistema compartido de creencias (Niederberger, 1967: 745-752).

De manera específica para Guerrero, Christine Niederberger (2002) trató las evidencias y datos obtenidos en Teopantecuanitlán durante el primer milenio antes de nuestra era. Allí excavó un sitio habitacional en el que encontró testimonios claros de un artesanado dedicado a la elaboración de objetos de concha, sobre todo de madreperla, que posiblemente exportaban a cambio de obsidiana de Otumba que recibían en forma de núcleos preformados y que, una vez trabajados como navajillas, redistribuían a escala regional.

El análisis de estos materiales y otros como el cinabrio, el ónix, la mica y el “jade” (serpentina), de origen local o regional, aunado a los restos de espejos de mena de hierro, de procedencia oaxaqueña, la llevan a decir: “Este conjunto de datos tecno-económicos – no limitado al examen de un solo producto– permite añadir a la función política y sagrada de Teopantecuanitlán, tal como se observa en la arquitectura monumental y en la iconografía del ‘Recinto Ceremonial’ central, otra importante dimensión: su función económica” (*ibidem*: 202), así como a proponer una ruta de intercambio que ligaba la costa del Pacífico con el Altiplano central (figura 1).

Niederberger traza esta ruta siguiendo la presencia de sitios arqueológicos contemporáneos y el cauce de varios ríos, aunque señala que “[...] en tiempos prehispánicos, utilizaban rutas de comunicación de tipo mixto [...] aliando transporte fluvial [...] con porteo sobre caminos de tierra [...]” (*ibidem*: 179). Es una lástima que la autora ya no conociera la existencia de Zazacatla, un sitio al sur de Cuernavaca, tan importante o más que Teopantecuanitlán (Reyna, 2013b).

La cuestión de las rutas de intercambio en el Preclásico de Guerrero y los productos intercambiados también fue abordada por Luisa Paradis a partir de sus investigaciones en Amuco Abelino, en la Tierra Caliente, donde “[...] su aislamiento geográfico [...] fue contrarrestado por las redes de intercambio con las regiones circundantes” (Paradis, 1980: 206). Así, uti-

lizando la misma ruta, infiere que los objetos de jade o serpentina y la concha pudieron ser intercambiados por obsidiana, en este caso de Zinapécuaro. Ya que carecía de análisis especializados para los materiales arqueológicos, intuyó tales rutas con base en datos etnohistóricos y modernos.

A la época olmeca la siguió un horizonte de regionalización cultural durante el Preclásico tardío-Protoclásico (ca. 500 a.C.-200 d.C.), cuando se abandonaron los rasgos de estilo olmeca, lo cual es de gran importancia porque entonces surgió la cultura arqueológica autóctona que caracterizaría a Guerrero: la Mezcala (Reyna, 2006).⁴

El Clásico temprano: interacción con Teotihuacán

La carencia de evidencias arqueológicas atribuibles al Clásico temprano (150/200-650 d.C.) en Guerrero, época que corresponde a la vigencia y apogeo de Teotihuacán, lo presentan como uno de los menos conocidos a lo largo de su ocupación prehispánica. Pensamos que esa carencia se atribuiría a la falta de investigación o a un fenómeno que propició que al menos la producción arquitectónica se suspendiera; una explicación tentativa para este hecho gira en torno a que en ese lapso alcanzó su apogeo una de las ciudades más grandes en el orbe: Teotihuacán, cuyo poder y dominio se extendió hasta el territorio guerrerense, al absorber sus recursos y mano de obra (Reyna y Galeana, 2010).

Aunque en Guerrero se ha reportado el hallazgo de pequeñas esculturas, máscaras, estelas, cerámicas, figurillas y basamentos arquitectónicos con rasgos de estilo teotihuacano o “teotihuacanoide”, se desconocen a ciencia cierta los mecanismos mediante los cuales se dio esa presencia y, en la mayoría de los casos, su origen y edad, pues desgraciadamente gran parte de

⁴ En Ahuináhuac, a orillas del río Mezcala, se excavaron y fecharon por primera vez en alrededor de 500 a. C. las pequeñas esculturas esquemáticas de estilo Mezcala (Covarrubias, 1948), junto con tiestos cubiertos con engobe jaspeado, de blanco granular y otros, en un conjunto habitacional de mampostería donde se utilizaron columnas formadas por segmentos circulares de piedra o “quesos” (Paradis, 1991 y 2002). Un sitio un poco más tardío es Cueltajuchitlán (200 a.C.-200 d.C.), en cuya traza urbana hay conjuntos arquitectónicos separados por estrechas calles enlajadas, cuartos porticados situados alrededor de patios hundidos, columnas de una sola pieza o formadas con segmentos circulares de piedra, drenajes ocultos, etc. Entre los materiales se localizaron dos burdas figurillas de estilo Mezcala y cerámicas monocromas, algunas decoradas en negro. Además, en dos sitios cercanos, El Frijolar y Zacuantla, se localizaron tumbas techadas con bóveda falsa (Manzanilla López, 2006), cuyo antecedente de la época olmeca se registró en Chilpancingo (Reyna y González, 1998).

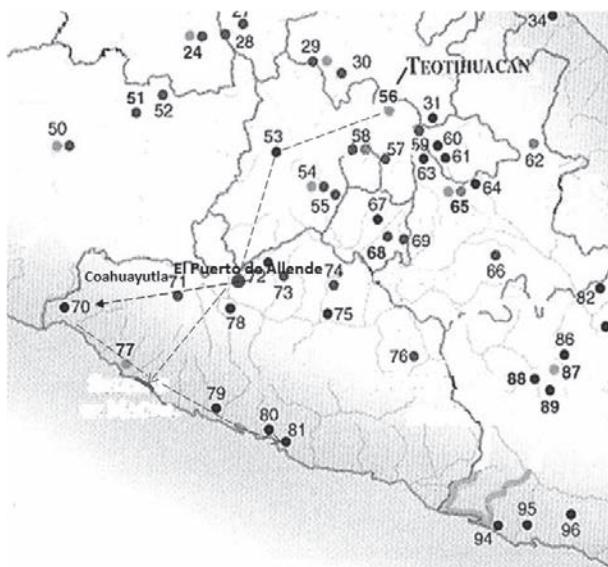


Figura 2 Posibles rutas teotihuacanas hacia la costa del Pacífico pasando por su "enclave" en el Puerto de Allende

estos testimonios no se investigaron a profundidad o se encontraron fuera de su contexto original. Por otro lado, en Teotihuacán se han recuperado objetos y materiales de posible procedencia guerrerense (Reyna, 2012).

Durante mis indagaciones al recorrer la que luego llamé región Mezcala⁵ percibí que los vestigios arqueológicos en la Tierra Caliente correspondían al menos a tres tradiciones: la Mezcala, otra local pero con rasgos claramente mesoamericanos y una más con posibles rasgos extramesoamericanos. Este "crisol de culturas" indicaría la presencia de distintos grupos viviendo en el mismo territorio, pero faltaría comprobar si fueron o no contemporáneos. También observé que los objetos de estilo teotihuacano (cerámicas y figurillas) se concentraban hacia el norte de Guerrero.

Ahora bien, en otra región geográfico-cultural, la Costa Grande, se han encontrado objetos de estilo teotihuacano en mayor número y variedad que en la región Mezcala, desde donde se supone que pudieron enviar a Teotihuacán conchas marinas, sal, cacao, algodón y otros materiales perecederos (Brush, 1968: 197; Paradis, 1987; Manzanilla López, 2008: 123). Con base en datos de objetos que cuentan con fechas absolutas o relativas tanto de las dos regiones guerrerenses como del propio Teotihuacán, propuse la forma como se relacionaban, avanzando como hipótesis que

⁵ Esta región se ubica en el norte de la Sierra Madre del Sur de Guerrero, pero también abarca porciones limítrofes de los estados de Michoacán, México, Morelos y posiblemente Puebla, cubriendo una superficie cercana a los 24 000 km² (Reyna, 2006).

en el caso de la región Mezcala se dio una migración masiva al expulsar una considerable cantidad de personas que era necesaria para aportar mano de obra en la gran ciudad, lo que aparentemente no ocurrió con la población de la más lejana Costa Grande, de la que sólo requerían sus productos, los cuales controlarían por medio de oleadas o flujos constantes de individuos intermediarios (Reyna, 2012).

Paradis (1987) ya señalaba que en la relación Teotihuacán-Guerrero, tanto en la región Mezcala como en la Costa Grande, "[...] Teotihuacán fue obviamente la parte dominante en esta relación [...]", cuestión que Cabrera (1998: 58) reitera al decir: "Por su carácter de gran metrópoli, podemos suponer que era mayor el flujo de materiales que llegaban a Teotihuacán que el que se exportaba [...]. Siendo un centro político y religioso, Teotihuacán exportaba más que nada su ideología [...]."

Entonces surgió una pregunta: ¿cómo llegaban a Teotihuacán los productos de la Costa Grande sin dejar huella de su paso por la región Mezcala? Un trabajo reciente daría explicación a esta incógnita.

En Puerto de Allende, municipio de Tlalchapa, en la Tierra Caliente de Guerrero, registramos un sitio que supusimos que era un "enclave" de la magna urbe debido a la abundancia de vestigios descontextualizados, pero también por sus restos arquitectónicos de estilo teotihuacano. Entre los primeros había candeleros, fragmentos de figurillas antropomorfas de las fases Tlamimilolpa (150-350 d.C.) y Metepec (550-650 d.C.), tres pequeñas vasijas "cráter" y un cajete miniatura de paredes curvo-convergentes, además de cuatro esculturas: una serpiente emplumada, otra que representa un cráneo, un fragmento del cuerpo de una figura antropomorfa ataviada con faldellín y taparrabo y, por último, una cabeza antropomorfa con la nariz y la boca torcidas que representaría a Nanahuatzin (Matos, 1995: 135).

Al inquirir sobre el lugar de donde procedían las vasijas "cráter", inspeccionamos un montículo saqueado donde supuestamente había una tumba, en el cual registramos los restos de un muro en talud coronado por un iztapaltete (Reyna, 2012).

Más aún, en esta ruta, la cual suponemos que pasó por el valle de Toluca, si los teotihuacanos hubieran incursionado hacia Zihuatanejo habrían pasado por el actual municipio de Coahuayutla, donde abundan las "paletas de pintura", pequeños metates para moler pigmentos atribuidos al Clásico (Maldonado, 1980),

pigmentos que tan abundantemente se utilizaron en la pintura mural de Teotihuacán (Reyna y Silis, 2014) (figura 2).

El Epiclásico: retorno y empuje poblacional

Sobre el Epiclásico (650/700-900/1000 d.C.), corto lapso de apogeo en que resurge la cultura Mezcala, ya me he referido con amplitud en otras ocasiones (Reyna, 2003a y 2006). Sólo resalto que ese apogeo tal vez se debió al “aumento demográfico” producto del retorno de la población a su lugar de origen, ocasionado por la “expulsión intensa y masiva en el ocaso de Teotihuacán”.

Para finales del Epiclásico y principios del Posclásico temprano tomamos la dispersión de la cerámica matlatzinca como un ejemplo de movimientos poblacionales; tal dispersión la percibimos desde el valle de Toluca hacia el actual norte de Guerrero, que coincide con el “empuje” que pudieron ejercer los grupos que retornaron a territorio michoacano hacia 900 d.C. (Reyna y Galeana, 2010) (figura 3).

Para épocas posteriores al Posclásico temprano no me atrevo a hablar por falta de investigaciones y, por ende, de datos. Para el Posclásico tardío, último horizonte de integración cultural y momento de “supresión o avasallamiento de ciudades independientes” (Niederberger, 1987: 692, 694), abundan las investigaciones etnohistóricas, por ahora más calificadas para hacerlo que las escasas investigaciones arqueológicas.

Palabras finales

Hemos visto que, de los temas interrelacionados –cálculos y movimientos de población y rutas de intercambio–, sólo los dos últimos se han esbozado como resultado de las investigaciones arqueológicas en Guerrero, pues el primero, hasta donde tenemos conocimiento, no se ha trabajado. Las rutas o redes de intercambio implican contactos entre poblaciones de regiones cercanas o distantes. Edith Ortiz (2006: 38) afirma que “la manera en que la arqueología puede establecer cuáles eran los caminos y rutas de intercambio entre diversas regiones es mediante la presencia de materiales foráneos en contextos arqueológicos”. Sin embargo, en los pocos casos en que se han analizado y cuantificado los materiales, se evidencia que la mayoría son autóctonos y la minoría importados (Lister, 1948; Schmidt, 1990; Reyna, 2003a); es decir, en su fabricación se utilizaron materias primas

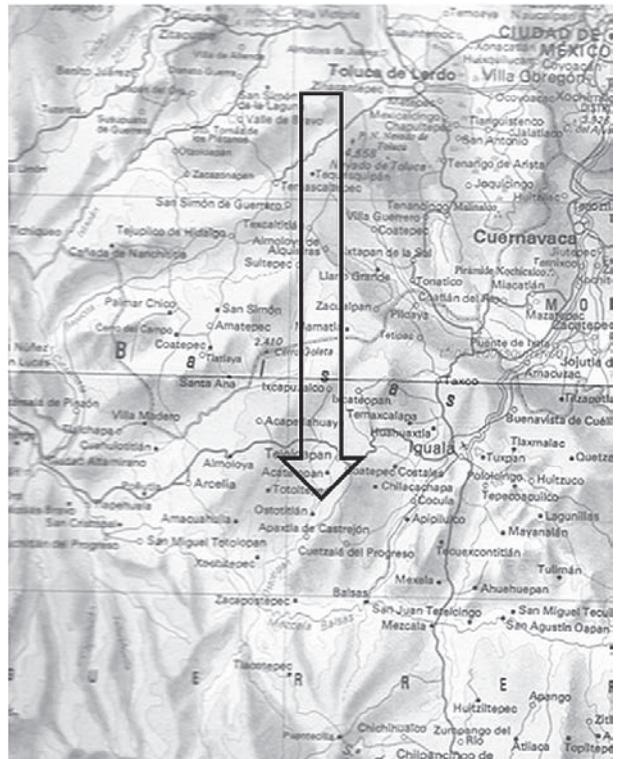


Figura 3 Quizá por el “empuje” de los pueblos que retornaron a territorio michoacano hacia 900 d.C. se dispersó la cerámica matlatzinca hacia Guerrero, sobre todo al norte de la entidad

propias del entorno, aun cuando tengan un innegable parecido morfológico o estilístico con objetos de otras regiones, pues resulta más factible que intercambiaran ideas en vez de objetos.

Además, “las redes de intercambios regionales eran, probablemente, mucho más ricas de lo que deja entrever el simple inventario arqueológico” (Niederberger, 1987: 683, 685). El equilibrio entre datos e interpretación para comprender el intercambio interregional en el desarrollo de las sociedades complejas, como escribió Drennan (1998: 35), “[...] no viene ni del debate teórico desvinculado de la información empírica ni de la sola recolección de datos, sino de la utilización de la información empírica en la evaluación de teorías y de emplear la teoría como guía para la investigación empírica”.

Para deducir movimientos de población con base en la presencia de los materiales o de las ideas plasmadas en ellos se debe conocer, como ya apuntamos, además de su edad, su punto de origen, su trayectoria y su región de recepción.

De estas condicionantes, la trayectoria es la más difícil de establecer, muchas veces por falta de investigación, y en otros casos porque no queda huella. Las rutas que se podrían rastrear son las terrestres; las fluviales y marítimas sólo se infieren por la presencia de materiales foráneos en puntos a veces tan distantes

como Sudamérica, Centroamérica, Mesoamérica y el actual suroeste de Estados Unidos.

En este breve esbozo sobre cómo se conocen o cómo se visualizan desde la arqueología los movimientos de población y las rutas de intercambio que dieron lugar a las relaciones en el interior de una región determinada o entre las distintas regiones de Mesoamérica consideramos que su complejidad requiere incrementar los trabajos interdisciplinarios, pues queda claro que sólo aquellas investigaciones que cuentan con evidencias y datos sólidos son las que llegan a formular hipótesis más válidas.

Bibliografía

- Antúnez, Erasto, "Las lenguas perdidas de Guerrero", ponencia presentada en la Cátedra Ignacio Manuel Altamirano, Chilpancingo, Guerrero, 4 de marzo de 2010.
- Brambila Paz, Rosa y Ana María Crespo, "Desplazamientos de poblaciones y creación de territorios en el Bajío", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 155-174.
- Brush, Ellen Sparry, "The Archaeological Significance of Ceramic Figurines from Guerrero, México", tesis de doctorado en filosofía, Nueva York, Facultad de Ciencias Políticas-Universidad de Columbia, 1968.
- Cabrera Castro, Rubén, "La verificación de algunos de los resultados del *Mapping Project* en recientes excavaciones en Teotihuacán", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXII: "Arqueología de superficie", 1986, pp. 127-140.
- _____, "Teotihuacán. Nuevos datos para el estudio de las rutas de comunicación", en E. Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, IIA-UNAM, 1998, pp. 57-75.
- Carot, Patricia, "Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico en Michoacán: el retorno de los que se fueron", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 103-122.
- Clarke, David L., *Arqueología analítica*, 2ª ed., Barcelona, Bellaterra, 1984.
- Covarrubias, Miguel, "Tipología de la industria de piedra tallada y pulida de la cuenca del río Mezcala", en *El Occidente de México. IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, 1948, pp. 86-90.
- Drennan, Robert D., "¿Cómo nos ayuda el estudio sobre el intercambio interregional a entender el desarrollo de las sociedades complejas?", en E. Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, IIA-UNAM, 1998, pp. 23-39.
- Hers, Marie-Areti, "Imágenes norteñas de los guerreros tolteca-chichimecas", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 11-44.
- Kirchhoff, Paul, "Mesoamérica, sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", suplemento de *Tlatoani*, 2ª ed., 1967.
- Jiménez Betts, Peter, "Llegaron, se pelearon y se fueron: los modelos, abusos y alternativas de la migración en la arqueología del norte de Mesoamérica", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 57-74.
- Lister, Robert H., "An Archaeological Survey of the Region about Tloloapan, Guerrero", en *El Occidente de México. IV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, 1948, pp. 107-122.
- Maldonado Cárdenas, Rubén, *Ofrendas asociadas a entierros del Infemillo en el Balsas*, México, INAH (Científica, 91), 1980.
- Manzanilla, Linda, "Análisis de componentes urbanos en Mesopotamia y en Mesoamérica: consideraciones metodológicas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXII: "Arqueología de Superficie", 1986, pp. 107-117.
- _____, "El horizonte Clásico", en L. Manzanilla y L. López Luján (eds.), *Historia antigua de México II*, México, INAH/UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2001, pp. 203-239.
- _____, "Migrantes epiclásicos en Teotihuacán. Propuesta metodológica para el análisis de migraciones del Clásico al Posclásico", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 261-273.
- Manzanilla López, Rubén, *Cuetlajuchitlán, sitio preurbano en Guerrero. Un ejemplo de la sociedad jerárquica agrícola en la región Mezcala*, México, Euroamericanas/INAH, 2006.
- _____, *La región arqueológica de la Costa Grande. Su definición a través de la organización social y territorial prehispánicas*, México, INAH (Científica, 526), 2008.
- Matos, Eduardo, *Museo de la Cultura Teotihuacana*, México, INAH/Instituto Cultural Domecq, 1995.
- Mentz, Brígida von, "Minería, recursos naturales y conflictos étnicos en el norte de Guerrero durante el siglo XVI", ponencia presentada en el Seminario de Estudios Multidisciplinarios sobre Guerrero, México, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, 1 de junio de 2010.
- Niederberger, Christine, *Paleopaysages et archéologie préurbaine du Bassin de Mexique. Collection Etudes Mesoaméricaines*, 2 tt., México, Centre d'études Mexicaines et Centraméricaines, 1987.
- _____, "Nácar, 'jade' y cinabrio: Guerrero y las redes de intercambio en la Mesoamérica antigua (1000-600 a.C.)", en C. Niederberger y R. M. Reyna (coords.), *El pasado arqueológico de Guerrero*, México, INAH/CEMCA/Gobierno del Estado de Guerrero, 2002, pp. 175-223.
- _____, y Rosa Ma. Reyna R., "Saqueo y destrucción del patrimonio arqueológico en la cuenca del río Balsas: una llamada

- de auxilio", en C. Niederberger y R. M. Reyna (coords.), *El pasado arqueológico de Guerrero*, México, INAH/CEMCA/Gobierno del Estado de Guerrero, 2002, pp. 567-583.
- Ortiz Díaz, Edith, "Camino y rutas de intercambio prehispánico", en *Arqueología Mexicana*, vol. XIV, núm. 81, 2006, pp. 37-42.
- Paradis, Louise Iseult, "Patrones de intercambio precolombino en el estado de Guerrero, México", en *Rutas de intercambio en Mesoamérica. XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, t. II, 1980, pp. 211-218.
- _____, "Teotihuacan and Precolumbian Guerrero", ponencia presentada en la Society for American Archaeology, Toronto, 1987.
- _____, "El estilo Mezcala en contexto", en *Arqueología*, segunda época, núm. 5, 1991, pp. 59-68.
- _____, "Ahuinahuac: una aglomeración urbana al final del Preclásico y principios del Clásico en la región Mezcala-Balsas, Guerrero", en C. Niederberger y R. M. Reyna (coords.), *El pasado arqueológico de Guerrero*, México, INAH/CEMCA/Gobierno del Estado de Guerrero, 2002, pp. 77-97.
- Paredes Gudiño, Blanca, "Análisis de flujos migratorios y composición multiétnica de la población de Tula, Hgo.", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 203-226.
- Pereira, Grégory, Gérald Migeon y Dominique Michelet, "Transformaciones demográficas y culturales en vísperas del Posclásico: los sitios del cerro Barajas (suroeste de Guanajuato)", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 123-136.
- Rattray, Evelyn, *Teotihuacán: cerámica, cronología y tendencias culturales*, México, INAH/Universidad de Pittsburgh, 2001.
- Reyna Robles, Rosa Ma., *La Organera-Xochipala, un sitio del Epiclásico en la región Mezcala de Guerrero*, México, INAH (Científica, 453), 2003.
- _____, *La cultura arqueológica Mezcala*, México, INAH (Científica, 487), 2006.
- _____, "La relación Teotihuacán-Guerrero: datos e interpretación", ponencia presentada en el Simposio Teotihuacán y el Occidente. Interacción, Símbolos de Poder y Procesos Políticos, 29 de noviembre de 2012.
- _____, "Cálculos y movimientos de población: el Clásico en Guerrero", ponencia presentada en el Seminario sobre el Norte de Guerrero, México, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, 16 de abril de 2013a.
- _____, "Economía y rutas de intercambio", ponencia presentada en el Seminario sobre el Norte de Guerrero, Coordinación Nacional de Antropología-INAH, 18 de junio de 2013b.
- _____ y Elizabeth Galeana, "El Clásico en Guerrero: ¿interacción o movimientos sociales?", ponencia presentada en la IV Mesa Redonda El Conocimiento Antropológico e Histórico sobre Guerrero: Movimientos Sociales, Causas y Consecuencias, Taxco, 18-21 de agosto de 2010.
- _____ y Lauro González Quintero, *Rescate arqueológico de un espacio funerario de época olmeca en Chilpancingo, Guerrero*, México, INAH (Científica, 382), 1998.
- _____ y Omar Silis, "Arqueología en el área de Coahuayutla", ponencia presentada en la VI Mesa Redonda El Conocimiento Antropológico e Histórico sobre Guerrero: Avances en su Investigación y su Relación con las Regiones Vecinas, Taxco, 26-29 de agosto de 2014.
- Sanders, William, "The Central Mexican Symbiotic Region: a Study in Prehistoric Settlement Patterns", en G. Willey (ed.), *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Nueva York, Viking Fund Publications in Anthropology, núm. 23, 1956, pp. 115-127.
- Schmidt, Paul, *Arqueología de Xochipala, Guerrero*, México, IIA-UNAM, 1990.
- Serra Puche, Mari Carmen, *Xochitécatl*, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1998.
- Sugiura Y., Yoko, "Reacomodo demográfico y conformación multiétnica en el valle de Toluca durante el Posclásico", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 175-202.
- Stark L., Barbara, "Estilos de volutas en el periodo Clásico", en E. Rattray (ed.), *Rutas de intercambio en Mesoamérica. III Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, IIA-UNAM, 1998, pp. 215- 231.
- Uruñuela Ladrón De Guevara, Gabriela y Patricia Plunket Nagoda, "La transición del Clásico al Posclásico: reflexiones sobre el valle de Puebla-Tlaxcala", en L. Manzanilla (ed.), *Reacomodos demográficos del Clásico al Posclásico*, México, IIA-UNAM, 2005, pp. 303-324.
- Willey, Gordon R. y Phillip Phillips, *Method and Theory in American Archaeology*, Chicago, Phoenix Books/University of Chicago Press, 1963.

